

PELEAR LA PINTURA

Si convenimos que incorpóreo no es lo mismo que inmaterial, es decir, que no toda materia conforma un cuerpo, y que es la cabeza –y no, como en encomiable y nada desechable lógica se pensara en otra época, el hígado– la que rige y organiza un cuerpo, la que lo distingue de una cosa, una razón incorpórea sería una razón inorgánica, una razón propia de las cosas y no de los sujetos o sus contrapartes, los objetos.

De ser eso así, cuadra entonces esa obsesión que le reinó a Antonio Mairena largo tiempo por la cabeza de que la razón incorpórea del cante gitano-andaluz fuera un pañuelo empapado en sangre oscura y espesa (por cierto, una especie de lienzo). Y aunque no conviene tirar demasiado de las metáforas, que luego se rompen y lloras, sí que nos parece que la intuición de Mairena resuena bastante bien junto a otra de Adorno, el filósofo. Escribe Adorno –en estos precisos momentos extrañamente cercano a Demócrito– que Schönberg y Stravinski, «gracias a una consecuencia sin compromiso, llegaron a hacer legibles como ideas de la cosa misma los impulsos inherentes a sus obras». Quizá no se le pueda pedir más a un pintor ni a un músico. Quizá sea de eso precisamente de lo que se trate y que un pintor o un músico (cada vez da más miedo decir artista...) sean a la vez causa y consecuencia de «algo que antes *era* y que luego todavía es, pero de una forma totalmente otra» (por usar una expresión de Giorgio Colli, otro nombre que nos resuena aquí harmónicamente), que lo que hacen precisamente es pelear la lógica de la cosa, su naturaleza (otra palabra que también da miedo...). Pelear el cante. Preciosa y exacta expresión, más hermosa y certera en tanto ha decidido prescindir del «con», que hubiera resultado insidioso, hubiera denotado una exterioridad falsa. Pelear con el cante no es ni mucho menos lo mismo que pelear el cante; el cantaor no se enfrenta como sujeto exterior a un cante como objeto. Eso lo convertiría en un deporte.

«Quiero entrar y no me dejan, quiero salir y no puedo». No es raro el despiste ni la aporía. Lo normal cuando se pinta o cuando se canta es que ni se pueda entrar ni se pueda salir. Parece casi una frase típica de cantaor: «si se está, se está, si no, no». Casi parece un enigma hermético. Y el hermetismo, como bien sabía Mairena, no es tan extraño al flamenco; pero el hermetismo de Hermes, no el de una casa sin ventilar. Muchas de las sentencias de Caracol, genio del aforismo, también tienen regusto hermético; como aquello de «Hay que crear, pero no haciendo cantes. El cante no se hace. Se hacen los roperos, los armarios. El cante se va haciendo conforme uno va cantando y después a los diez minutos quiere uno volver a hacer el mismo cante y no puede porque no se acuerda» (el olvido es una divinidad...). Cuando Jesús de la Rosa, payó iniciado en el hermetismo gitano-andaluz, cantó eso de «yo quise subir al cielo para ver y bajar al infierno para comprender» estaba, de hecho, revelando explícitamente y sin lugar a dudas el estadio hermético del cante. Un payo tenía que ser, por otra parte, el que, desligado ya de la razón ritual de la lírica – como, por cierto, su homólogo, el primer bocazas de la alboreá, ignoramos su nombre– revelara la existencia de tales prácticas herméticas, de esos rituales miméticos (porque la mimesis, en origen, era el nombre de ciertos rituales, dionisiacos al parecer) como mimética es la pintura, el cante y la música, si bien, mimesis como la entendía Demócrito.

¿No resuena ya todo esto a pintura? ¿A pintura peleada? Así en la música como en la pintura.

Por si las moscas continuamos la cita de Adorno: «eso sucedió en las constelaciones específicas de su procedimiento, no en el diseño general de los estilos», demasiado deudos estos últimos, para Adorno, de prácticas culturales programáticas, que son las que comprometen y ahogan los impulsos.

No es mucha la pintura que tiene la virtud de hacer legible lo visible. Esta la posee. Menos todavía la que tiene la de hacer visible el proceder, la lógica, de la misma materia (y no del pintor). Esta también la posee. Pintura incorpórea y hermética, que alborea mundos que ya son, explícita y clara como un enigma y no tan pedante como el que esto suscribe. Por lo demás, y al fin y al cabo, para

Adorno el papel del arte es el de alborear mundos en un ejercicio de resistencia.

Carlos García García